

Días detenidos

**Guillermo Ruiz
Plaza**

Días detenidos

Navoia

Primera edición

Febrero de 2022

Publicado en Barcelona por Editorial Navona SL

Editorial Navona es una marca registrada de Suma Llibres SL

Aribau 153, 08017 Barcelona

navonaed.com

Dirección editorial Ernest Folch

Edición Xènia Pérez

Diseño gráfico Alex Velasco y Gerard Joan

Maquetación y corrección Digital Books

Papel tripa Oria Ivory

Tipografías Heldane y Studio Feixen Sans

Imagen de la cubierta Natalia Eguibar

Distribución en España UDL Libros

ISBN 978-84-19179-02-9

Depósito Legal B 20603-2021

Impresión Romanyà-Valls, Capellades

Impreso en España

© Guillermo Ruiz Plaza, 2022

En colaboración con Antonia Kerrigan Agencia Literaria

Todos los derechos reservados

© de la presente edición: Editorial Navona SL, 2022

Navona apoya el copyright y la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad intelectual, produce nuevas voces y crea una cultura dinámica. Gracias por confiar en Navona, comprar una edición legal y autorizada y respetar las leyes del copyright, evitando reproducir, escanear o distribuir parcial o totalmente cualquier parte de este libro sin el permiso de los titulares. Con este libro, apoya a los autores y ayuda a Navona a seguir publicando.

*Quien no puede asentarse en el umbral
del instante olvidando todo lo pasado,
quien no puede erguirse como una diosa de la
victoria en un solo punto, sin vértigo ni temor,
nunca sabrá qué es la felicidad.*

NIETZSCHE

1

Me sorprendo buscándola con la vista entre la gente vestida de negro, como si de un momento a otro fueran a aparecer sus ojos de fiera insomne y su cabellera incendiada por el sol. Vas a sentir su respiración en la nuca, pienso estremecida. Vas a girar la cabeza y vas a verla, los labios pálidos y la sonrisa triste y un poco irónica, como si el entierro fuera de otra. El sol empieza a quemar y el sudor resbala hasta mis párpados y las comisuras de mis labios, y hay un sabor de sal en la muerte, y un ardor hiriente en todo lo visible.

Como si adivinara mis pensamientos, Abril me aprieta la mano y en su gesto hay una intensidad inesperada. Viste un sobrio pantalón de tela y un cinturón cuya hebilla reproduce el tatuaje que le vi la otra noche en la espalda: una espiral o un discreto laberinto en el que perderse. Por primera vez, lleva la cabellera recogida en la nuca con un prendedor metálico, a la manera de una colegiala, dejando al descubierto su cuello fino y vulnerable y atravesado por vellitos casi invisibles. El cerquillo desigual le tapa un poco los ojos, como si no pudiera evitar esconderse del mundo, un alma salvaje que se reserva solo para la intimidad.

El doctor Prieto se mantiene erguido en su traje impecable cerca de la tumba. Se ha puesto la mano como visera y, por un momento, en la sombra recortada sobre su cara esquelética

y de pómulos salientes, los lentes de mosca parecen dos cuencas vacías. Las demás son caras que no conozco o no reconozco. Señores de cabezas grises que visten ternos gastados. Señoras de pelo teñido, faldas y zapatos de tacón o pantalones de tela y mocasines. En todos, una elegancia nostálgica. En todos, una sobriedad sin lágrimas. No, no en todos. Alguien llora. Corpulenta, las trenzas entrecanas, las polleras acentuando sus caderas de matrona y, sobre los hombros, una elegante mantilla a pesar del calor, reconozco a la Comadre. Cómo ha envejecido.

Así que, a pesar de todo, mamá tenía amigos. Me parece incomprendible no haber visto a ninguno, excepto al doctor Prieto, en estas últimas semanas. Ha empezado la temporada de las despedidas, la progresiva desaparición de un mundo: el suyo. Pero quizá, para ellos, mamá ya había desaparecido desde mucho antes. Los miro otra vez de pie en el césped y de pronto me parece un cuadro de mamá: esculturas de hielo derritiéndose al sol, una escena a punto de deshacerse en la luz o el viento. Aunque no hay viento. Ni siquiera brisa. Más allá de La Costanera, el lecho escaso y agónico del Choqueyapu contribuye a la inmovilidad del mediodía.

No hay ni una nube y el cielo es de un azul de cerámica. Hace calor, un calor abrasador que no recuerdo haber sentido antes en La Paz. Es un día que le hubiera encantado a mamá y que en otro tiempo habríamos pasado en el terreno de Huajchilla, bajo la sombra del algarrobo. No por previsible la muerte resulta menos increíble.

Caen las primeras paletadas de tierra sobre el ataúd mientras recuerdo una de nuestras últimas conversaciones, días atrás. Yo le dije una de esas frases que me sentía obligada a decirle de

tanto en tanto, ya sin esperanza, solo para llenar un vacío insoportable.

—Mamá, necesitas un tratamiento adecuado. —El sol de la tarde entraba con fuerza por la ventana sin cortinas—. Si me dejaras ayudarte...

—¿Podría salvarme? —Una luz débilmente irónica pasó por sus ojos.

Su sonrisa era frágil. Me miraba con el busto recto, la espalda apoyada contra un almohadón amarillo.

—Podrías vivir muchos años más.

—Vivir, no —dijo ella—. Durar, tal vez.

Sus labios pálidos dibujaron las palabras con precisión laboriosa y luego sonrieron devolviéndole la vida a sus rasgos. Me recorría como si yo fuera un paisaje, un bello paisaje de juventud perdido para siempre. Luego examinó todo a su alrededor con una intensidad turbadora. Algo en ella empezaba a abrirse paso en la claridad del abismo. Al rato se durmió. Era uno de los pocos momentos en que parecía estar en paz consigo misma.

Termina la ceremonia, la gente empieza a dispersarse. Al devolver los abrazos y recibir los pésames, Lauro se mueve con rigidez, enfundado en su único terno, el mismo que, hace ya muchos años, mamá le planchó una tarde entera —la estoy viendo al trasluz del ventanal, aplicándose en esa tarea que secretamente odiaba—, para que, al día siguiente de la graduación, fuera colgado en el armario como una pieza de museo. Porque a mi hermano nunca le gustó llevar terno. Ahora el traje le queda tan ajustado que parece un niño envejecido y enorme, y me invade una inexplicable ternura. El disgusto que apareció en su cara al ver llegar a Abril se ha esfumado. Vino

por mamá, no por él. Nadie invita a nadie a un funeral, la gente acude o no, y él no tenía ningún derecho de impedirle estar aquí.

Apenas miro las caras de las personas que se acercan a decirme las palabras de rigor. Ya no significan nada, pero, en momentos así, no nos queda más remedio. En los libros hay que eludir los lugares comunes, pero en la vida, en la mediocre vida, son inevitables. Temo reconocer a alguien, ver lo que el ácido del tiempo ha hecho con sus rasgos. O, lo que sería mil veces peor, levantar la vista y descubrir a mamá con sus ojos de felina maliciosa y perder definitivamente la calma.

Antes de alejarse, el doctor Prieto le pasa la mano por el pelo a Nico y él me mira perplejo, como si solo ahora creyera en lo que le he dicho hace dos días. Que la abuela ya no está y que no volveremos a verla.

Por alguna razón, giro la cabeza y miro hacia la sombra de un sauce llorón a unos treinta metros de donde estamos, y entonces lo veo. Veo a ese hombre alto y de espaldas anchas, vestido con un traje de *tweed* azul ceniza, y me estremezco. Por un momento pienso que bastaría con mirar hacia otra parte y volver la vista hacia la sombra del árbol para descubrir que no hay nadie. Pero allí está.

Tal vez sea la única forma que ha encontrado de agarrarme desprevenida. De solo pensar que sí, que es capaz de presentarse aquí para reclamar al niño, siento un retortijón en el estómago. Me llevo una mano a la cara y me limpio el sudor de la frente, y así me doy cuenta de que he empezado a temblar. Instintivamente, busco con la vista la camioneta de Lauro, estacionada detrás de una hilera de pinos. Bastarían

unos pasos con Nico de la mano, girar la llave que ha quedado en el contacto y desaparecer. Pero unos metros más allá descubro un Peugeot negro con placa diplomática (a través de la luneta se ve la nuca gris de un hombre al volante) y me recorre un temblor, electrizándome el espinazo. No hay escapatoria.

Ahora lo he visto mejor y el corazón ha empezado a latirme enfurecido. No hay duda: es él. Es Raphaël. Ha salido de la sombra y se ha detenido a unos veinte pasos de distancia, en una banda de césped amarillento que separa dos lápidas, y me observa tras sus lentes negros, sin mover un músculo, con la cara tirante y pálida, el pelo casi blanco de tan rubio y las manos metidas en los bolsillos del pantalón, como si pudiera quedarse ahí todo el tiempo del mundo. Su estatura se impone aun en la ceguera del mediodía pacheño. Es una invitación. No: un desafío.

Una lógica siniestra nos ha traído hasta aquí, pienso. Por un segundo, vuelve a mi memoria esa noche en el Pont des Catalans, la baranda resbalosa, el aliento húmedo del Garona, la tentación del vacío y el vértigo. Incómoda, trato de ahuyentar las salpicaduras heladas de esos días, pero, una vez más, sin que pueda hacer nada por evitarlo, los recuerdos me invaden con su aspereza de sal y barranco. Una vez más, el presente y el pasado mezclan sus aguas, paralizándome.

Las manos de mamá no habían cambiado. Sus rasgos se habían vuelto cortantes. Sus ojos, sus bellos ojos de gata egipcia, parecían más grandes y más vivos que nunca. De su larga cabellera nocturna solo quedaban algunas vetas, lo demás era de un gris

cenizo. Al respirar, parecía arrastrar el humo de años convertido en piedritas ásperas. Hice cálculos. Mamá tenía sesenta y cuatro, pero resultaba evidente que, desde la última vez que la vi, se había descuidado por completo. Me quedé mirando sus dedos largos y anillados que me llevaron a otra época, cuando en el aire frío se respiraba una fragancia de eucalipto y asombro. Ahora sé que lo hice para soportar la impresión que me dio verla así.

Cuando la tomé, su mano se encogió con palpitations de animal asustado. Poco después, abrió los ojos, irguió el busto contra el respaldo de la cama y me miró con una mezcla de perplejidad y alegría.

—¿Has venido con Nico? —Asentí, y su mano pareció dilatarse en la mía—. Así da gusto morir.

—No te vas a morir. —Le apreté la mano.

Sonrió con malicia. Se oyó el paso ruidoso de un camión en la calle y los ladridos destemplados de una jauría de perros. Atardecía. En el cuarto crecieron las sombras y sentí frío. Sobre el velador, se acumulaban los clínex manchados de sangre en una caja de zapatos Manaco sin tapa. Apoyada contra la lámpara encendida, una postal con la *Madonna* de Edvard Munch. Esa mujer de piel lunar, la cabellera negra cayéndole sobre los hombros como un nido de arañas, siempre le había fascinado porque, muchos años atrás, había entre ellas un parecido innegable.

—Te noto cambiada, hija. ¿Te ha pasado algo?

Me miró con los ojos entornados, inquisitiva. Por un momento me sentí en otros tiempos, cuando, de niña, esas dos rendijas gatunas se clavaban en mí y de inmediato sabía que no podría mentirle.

—¿Por qué no ha venido tu marido?

—El trabajo lo tiene sin vida. —Bajé los ojos, incómoda.

—Con la plata que tiene, podría darse unos días.

—Allá el trabajo no perdona.

—Cuando hables con él me lo pasas. Me voy a quejar.

Acomodó un cojín a su espalda, a la altura de los riñones.

—¿Y para cuándo el segundito, hija?

La pregunta me tomó desprevenida.

—Ya no vamos a tener más hijos, mamá.

—¿Y eso?

Era imposible responder a esa pregunta sin contarle lo que había ocurrido. Tratando de que no se me notara la turbación, dije lo primero que me vino a la mente:

—¿Has visto cómo está el mundo?

—¿El mundo? —se rio—. ¿Cuándo ha estado bien el mundo?

De sus rasgos habían desaparecido el sueño y la extrañeza. Estaba sorprendida de poder hablar con ella como otras veces, sin concesiones, de saber que seguía ahí, lo que contradecía felizmente mis augurios.

—Vos fuiste concebida una noche de toque de queda —dijo, y, tras unos segundos, añadió—: Nevaba.

—¿Nevaba? —Yo nunca había visto nieve en La Paz y creí que mamá desvariaba.

—Nevaba, me acuerdo bien. Eran los días del toque y Arce Gómez había dicho que debíamos andar con el testamento bajo el brazo.

No se habían encendido aún las luces de los postes en la calle. La luz cálida de la lámpara se derramaba sobre la colcha. Sorprendida, descubrí que era la que mamá había hecho para

mí siglos antes. A cuadros, de colores vivos, aunque ya gastados, tenía bordados con una minuciosidad admirable a Bugs Bunny, el Pato Lucas, Elmer el Gruñón.

—Nevaba y no se oía nada, solo la música de la telenovela que empezaba a las ocho, exactamente a la hora del toque.

—Nunca me habías contado eso.

—¿Ah, no? Mentiría si te dijera que afuera se oían balazos o cosas así. Tu padre y yo sabíamos lo que estaba pasando en la calle, pero no se oía nada, solo esa música pegajosa. Aun bajo la colcha temblábamos de frío.

—¿Me estás diciendo que me tuvieron por miedo?

Negó con la cabeza, vagamente divertida, como si me hubiera explicado algo con total claridad y yo no entendiera nada.

—Te tuvimos a pesar del miedo, hija.

Me quedé callada unos segundos.

—Lo que pasa es que hoy estamos saturados de información —dije por defender no sabía qué—. Está en el aire. Es imposible no oírla. El cambio climático, la guerra en Siria, los atentados. Hay tanto miedo.

—Miedo, eso es —dijo, y luego, como estableciendo un vínculo, preguntó—: ¿Cómo te está yendo con Raphaël?

Otra vez entrecerró los ojos. La oscuridad le rodeaba la cara como a la *Madonna* de Munch y la luz de la lámpara encendía sus pupilas.

—Bien, como siempre —respondí tratando de parecer natural, aunque su insistencia había acabado por ponerme nerviosa.

Cinco años antes, en mi última visita, mamá insistió en la suerte que yo tenía de compartir mi vida con Raphaël. Confiante, simpático, con una buena situación y, lo más importante,

buen padre, hija, buen padre. Un día, entre broma y veras, nos tomó a ambos de los brazos, nos acercó a ella y nos advirtió: «No lo echen a perder, carajitos».

—¿Eres feliz? —Me miraba con intensidad.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Claro.

—Tu padre y yo éramos felices —dijo, como aguijoneada por los recuerdos.

Pareció que iba a seguir interrogándome y sentí que no podría aguantar mucho más.

—Hasta que lo mataron —se oyó mi voz, casi agresiva.

La mano de mamá se encogió de repente. Tras unos segundos, dijo:

—Y si supieras cómo está la inseguridad ahora, hija.

—Lo de papá no tuvo nada que ver con la inseguridad.

Me miró incrédula.

—¿Sigues con eso? —Un destello de ira contenida, que yo conocía bien, cruzó por sus ojos.

Supe que no había medido mis palabras. Era el cansancio, la exasperación de los nervios. Debía tener más cuidado. No decirle cosas que pudieran perturbarla. No había vuelto para eso.

Sin embargo, a medida que hablábamos, había descubierto en mí un deseo inconfesable, el de castigarla por haber llevado su vida como lo había hecho. Cómo una mujer en otro tiempo tan fuerte se había dejado vencer por sus sombras, era algo que me resultaba no solo doloroso, sino inquietante. Después de muchos años, sentía la urgencia de tenerla cerca. Y que siguiera ahí, enérgica como siempre, pero desahuciada, no hacía más que alimentar el desasosiego.

Pero cuidado. No decirle, jamás decirle cosas de las que pudiera arrepentirme. Tuve que callar palabras agrias. Que se había ganado el tumor a pulso, le habría dicho, que nunca había visto a nadie fumar como ella. Que de adolescente la miraba fumar como se mira un acto supremo y prohibido, y que ahora sospechaba que era la mejor forma que había encontrado de borrarse, como cada vez que yo le preguntaba por papá, por las posibles razones de su asesinato, y ella se ocultaba detrás del humo.

—Vienes después de cinco años y lo primero que haces es joder otra vez con lo de tu padre —dijo, y, con un gesto brusco, retiró su mano de la mía.

Tenía la mirada concentrada y sombría, el busto erguido, los pechos puntiagudos levantando el camisón.

—Deja a tu padre en paz, y a mí también de paso. —Se volvió hacia la ventana.

No sabía muy bien cómo nuestra primera conversación en años había dado ese giro avinagrado. En la época previa a mi partida, solíamos empezar charlas que, poco a poco y sin que nos diéramos cuenta, nos llevaban inevitablemente al enfrentamiento. Creía que, con el tiempo y la distancia, el problema habría desaparecido. En mi última visita, no habíamos discutido ni una sola vez, pero esto se debía sin duda a que estaba Raphaël y a que el bebé concentraba toda mi atención.

Mamá permanecía en silencio, mirando por la ventana como una niña enfurruñada. Unido al de las medicinas, había un olor de mujer mayor, y también un relente de orina, caliente y acre, que flotaba en el aire como un fantasma cansado.

Ahora entendía qué era el tiempo. El cuerpo de la madre envejecida y ese olor a la vez físico y espectral. Eso era el tiempo. El tiempo, pensé, es el tiempo del cuerpo. Mamá alargó el brazo, abrió el cajón del velador y sacó un paquete de clínex. A la luz amarillenta, le miré otra vez las manos y esta vez vi manchas. Eran manchas pequeñas, casi imperceptibles, pero ahí estaban.

No sabía qué decir: tenía miedo de meter la pata otra vez. Llamé a Nico, pero no respondió. Mamá seguía ignorándome, como siempre que estaba contrariada, así que me levanté y salí del cuarto.

En la sala, Lauro le mostraba una zampona a Nico y este le pedía que la tocara. «La tengo de adorno nomás», decía mi hermano sonriendo como avergonzado. Los años no habían pasado en balde. Vestía como siempre: *jeans*, camisa a cuadros y, debajo, una polera de color entero, sobre la cual se distinguía la cadenita de oro con el pequeño crucifijo. Llevaba fielmente esa cadenita desde la primera comunión. Tal vez porque se trataba de un regalo del tío Luis. Tal vez porque era de oro puro y a él le encantaba jactarse de ese tipo de cosas. «A ver, tocá, hermano, tocá», decía. «Esto es oro, lo demás son huevadas». Alguna vez sus amigos aceptaron el desafío de romper la cadenita y, para gran satisfacción de Lauro, no lo consiguieron. Yo sospechaba que él la llevaba aún, a estas alturas de la vida, por aquel orgullo ridículo, pero de ningún modo por creencia. Se había dejado crecer una melena de león, quizá para compensar sus entradas, y los rizos negros le caían sobre los hombros. Su cara se había hinchado un poco, adquiriendo el tono sanguíneo típico de los pacheños que toman alcohol con cierta frecuencia o, mejor

dicho, con una frecuencia cierta. Había engordado y la ropa le quedaba apretada. Me dio un poco de pena su pinta, no por la gordura, sino por lo inmóvil que había en él: parecía detenido en algún momento del pasado, como negándose a fluir con la edad, lo que empezaba a darle el aspecto de un adolescente monstruoso.

Le pedí a Nico que fuera a saludar a su abuela. Obedeció y, por primera vez desde nuestra llegada, me quedé a solas con mi hermano.

Al bajar de El Alto por Llojeta, no le conté nada de lo que me había sucedido. Lauro, como mamá, adoraba a Raphaël. Cinco años antes, al final de nuestra estadía, me llevó aparte y me dijo que me había sacado la lotería y que cuidara bien del franchute. Yo sabía lo encantador que podía ser cuando se lo proponía. Salpicaba de palabras y expresiones andinas el castellano ibérico que había aprendido en las aulas de un prestigioso liceo de Vincennes, así que solía decir frases tan inverosímiles como graciosas. Era abierto y tenía una risa franca y contagiosa. En más de una ocasión acompañó a Lauro a sus ensayos, y, como él, era adepto de las cervezas bien frías y el vodka, aunque sin pasarse. Y aun esta contención no parecía desagradarle a Lauro, sino todo lo contrario. Sin duda le tranquilizaba saber que yo había dado con un hombre razonable. Aun así, para que la relación terminara de cuajar, fue necesario que vivieran juntos una farra memorable.

Una noche, tras un ensayo en el estudio, Lauro llevó a Raphaël a casa de un amigo. Horas después llamó para pedirme que se lo prestara hasta la mañana siguiente, porque tenía un torneo de cacho que ganar. De fondo se oía el ruido del cubilete y el impacto de los dados sobre la mesa, pero oí

claramente cuando alguien dijo que el franchute les estaba rompiendo el culo a todos. «A la suerte de principiante hay que sacarle el jugo», explicó Lauro antes de colgar. Volvieron a las diez y media de la mañana, abrazados por los hombros, verdes de vodka y de humo. Formaban una pareja un tanto cómica, pues si bien eran de la misma altura, Lauro era macizo y blando mientras que Raphaël era esbelto y de espaldas altivas. Parecían el gordo y el flaco sin ser realmente ni gordos ni flacos. Nunca había visto en ese estado a Raphaël. Parecía feliz. Me dio un beso que olía a vodka, buñuelos fritos y api con canela. Lauro agitaba en el aire el cuaderno donde había anotado las tripletas interminables de la madrugada. «Esto es de antología», dijo besándome en la frente. «Este cabrón es el hermano que nunca tuve». Y mientras Raphaël se tomaba un café de resurrección en la cocina, charlando con mamá —que se echó a reír apenas lo vio con la camisa arrugada y el pelo revuelto—, Lauro sacó un grueso fajo de billetes del bolsillo y lo blandió como una prueba. «Y no solo eso», dijo, «también es un filósofo del carajo».

En la camioneta, mi hermano me hacía las preguntas de rigor. Qué tal el viaje. Qué tal el trabajo. Qué tal Raphaël. Yo le dije que todo estaba bien y le di algunos detalles de la vida que había dejado atrás para siempre. Me estremeció pensar que nada de lo que le estaba contando era verdad. Ya no tenía trabajo. Ya no tenía casa. Solo era una cuestión de tiempo quedarme sin permiso de estadía en Francia. Y, sobre todo, no tenía ni idea de qué haría después. Pero él no parecía escucharme. «La vida es una dormida magistral», decía Lauro. «¿Te das cuenta? Un filósofo del carajo, tu marido».

Había escuchado la anécdota más de una vez. A Lauro le gustaba recordármela, como si no tuviéramos nada mejor de que hablar. Apenas empezaban a jugar cacho esa noche de farra cuando Raphaël sacó una dormida. Lauro y sus amigos se quedaron mirando los cinco dados idénticos. «El cabrón nos mandó a dormir», dijo uno de ellos. Raphaël estaba más perplejo que ellos por su reacción unánime. Tuvieron que explicárselo. Sí, ya había ganado la partida. Sí, con un solo lance de dados. Ahora debían empezar otra. «Una dormida», repetía Raphaël, como si paladeara esa nueva palabra. Y hacia el final del torneo, cuando ya las primeras luces del día se filtraban por la ventana, sacó una segunda dormida, ¿me daba cuenta?, algo que no pasa nunca. Y se lo dijeron: «No es posible. Dos veces la misma noche no es posible». Entonces, ante el estupor de los demás, el franchute se rio y dijo algo que los dejó intrigados: «La vida es una dormida magistral». Le preguntaron qué quería decir. «El universo es un enorme accidente que tenía que suceder», dijo. «En la eternidad o en un tiempo tan largo que es casi la eternidad, los elementos se combinan interminablemente. Piénsenlo bien, en algún momento, por fuerza, tiene que salir una dormida. Eso es la vida, señores. No un orden, sino un caos. Pero el caos nos libera». Yo conocía esa faceta de Raphaël. De vez en cuando, le gustaba decir frases que quedaban flotando en el aire un rato después de dichas. La mayor parte del tiempo las leía en voz alta. Le gustaba saborear las palabras de los grandes autores y le gustaba que las oraciones ocuparan un espacio propio, desplegando sus sonidos y sentidos. Lo extraño era que Raphaël, el hombre más ordenado y disciplinado que yo conocía, pensara que el caos era liberador.

Siempre me había parecido una simple paradoja, pero ahora la encontré significativa.

Se levantaba antes que yo, se daba una ducha breve y fría, salía del baño con la toalla enrollada en la cintura y el pelo mojado y hacía cuatro series de doce flexiones en la sala — nunca más, nunca menos—, tomaba el café de pie en la cocina mientras leía *Le Monde* sobre la barra americana. Después me traía a la cama una taza de café con una pizca de canela, como me gustaba, abría las cortinas de un tirón y se vestía frente a la ventana que daba al jardín común, mirando hacia fuera con los ojos entornados y las facciones afiladas, como si visualizara su agenda del día o como si en los enormes robles ondulados por la brisa midiera la resistencia del mundo al empuje de sus deseos. Se despedía de mí con un beso intenso, que no parecía de rutina sino de inicio renovado, oloroso a ducha reciente, a café caribeño y al sutil perfume de maderas cítricas que se ponía detrás de las orejas. Después despertaba a Nico y se lo oía jugar con él durante unos minutos. A veces había cosquillas que terminaban en ataques de risa. Por último, se asomaba al vano de la puerta, me miraba sin sonreír, los ojos titilantes como el nervio azul del fuego, y se iba. Era el momento del día en que más lo deseaba. A las ocho menos cuarto —nunca antes, nunca después— se oía su canturreo alegre en el pasillo, el tintineo de su llavero y el ruido de la puerta al cerrarse. Así que su pensamiento sobre el caos liberador no podía menos que llamarme la atención. No daba la impresión de ser un hombre que languidecía en su rutina, no, al contrario. Era una fuerza de la naturaleza, pero seguía un orden previsto y seguro. La fuerza helada que me había mostrado en las últimas semanas era la mejor prueba de ello.

Había sido sistemática, sin fisuras, y tan impersonal que daba miedo. De pronto, la anécdota de la dormida resultó reveladora. Si Raphaël elogiaba el carácter accidental del mundo y su vocación redentora, tal vez se debía a que, atado a un rigor implacable, se sentía incapaz de alcanzar esa levedad. Prisionero de su forma de ser, consciente de sus límites, añoraba no solo lo que no tenía sino lo que nunca podría tener. Tal vez por eso había estudiado Derecho y no Literatura, que era, en el fondo, lo que le habría gustado estudiar. Pero, aunque le aburrieran las leyes, acabó la carrera y se especializó en nada menos que cinco rubros distintos del Derecho privado por pura sensatez, por amor propio frente a sus padres o subordinación al látigo de sí mismo. El problema era que esa fuerza despiadada también podía castigar a quienes se interpusieran en su camino.

Lauro seguía hablando de Raphaël y de esa noche memorable cinco años antes, y yo lo dejé hablar tratando de esconder mi malestar. Pero en cuanto hubo un silencio más largo que los otros, le pregunté por su grupo. Sonrió. A mi hermano le gustaba hablar de su pasión y en cambio le fastidiaba hablar de las diversas formas en que, desde que salió del bachiller, había tenido que ganarse la vida. Había trabajado de todo para poder dedicarse a la música: lavando platos, trapeando pisos, dando clases particulares de guitarra a chicos que rara vez tenían cómo pagarle, ayudando a unos amigos a administrar un bar que cerró en tiempo récord porque más tardaban en abastecerse que en chuparse el capital. Por lo que me había dicho alguna vez por teléfono, desde hacía tres años tenía un trabajo más o menos fijo. Hacía entregas para distintas imprentas de la ciudad con una camioneta Chevrolet

de segunda mano. Era un trabajo puntual, que nunca interfería con los ensayos, pues las entregas se hacían por las mañanas.

Yo sabía que para él la música no era una forma de ganarse la vida. Era la vida. Su sueño no consistía en tocar *covers*, sino en triunfar con su propia música.

—¿Ya tocan compos? —le pregunté.

—Vamos a pararla un poco con los Beatles —dijo como si no me hubiera oído—. Estamos trabajando en un repertorio *grunge*.

Le recordé que él había sido quien me había contagiado el gusto por esa música.

Asintió visiblemente satisfecho.

—Si no fuera por mí, estarías jodida, hermanita. Ahora escucharías reguetón.

Nos reímos y seguimos bromeando durante un rato. Había olvidado la última vez que había bromeado con él. La última vez que había bromeado con alguien.

En mi última visita, lo había encontrado gordito, pero todavía joven. Tenía treinta y seis años. La edad de papá al morir, pensé, la edad que yo cumpliría en un mes. «Voy al gimnasio a darle forma a mis tetas», me dijo en ese momento, y lo vi de buen humor y lleno de vida. Ahora tenía cuarenta y uno, y parecía como si los últimos tiempos le hubieran quitado la fuerza de ocuparse de sí mismo.

Me senté a la mesa frente a él. La lámpara de pie dejaba caer una luz cansada sobre los muebles de la sala, pero a Lauro no parecía molestarle esa atmósfera crepuscular. Siguió un silencio largo en el que no sabíamos bien qué decirnos, como si en la camioneta hubiéramos agotado los temas inofensivos. Ahora que había

visto a mamá, pensé, quizá podíamos hablar de ella. O quizá el silencio de mi hermano y su mirada al ras del mantel me pedían a gritos que no lo hiciéramos. Me incomodó la tensión creciente.

—¿Qué ha hecho mamá con su edredón de plumas?

Hacía cinco años le había regalado uno de primera calidad. Mamá solía quejarse del frío por las noches y celebró el regalo cuando se lo di, a modo de despedida, poco antes de volver a Francia. Por eso también me había sorprendido que lo hubiera reemplazado por esa vieja colcha infantil.

—Le ha dado por sacar cosas del sótano —dijo Lauro.

Ya no aguanté más y le comenté que había encontrado bien a mamá. Como no parecía entender, añadí:

—Sigue tan enérgica como siempre.

—Tiene sus horas.

—No, de verdad —insistí estúpidamente—, la he encontrado bien.

Lauro negó con una media sonrisa que se quedó flotando en sus rasgos como una discreta acusación. Siguió un silencio aún más denso que el de antes y entonces nos llegó la voz cada vez más agitada de mamá. Nico salió del dormitorio y nos miró asustado. Le temblaba el labio inferior.

Lauro se levantó de inmediato. Hice el ademán de levantarme para ir tras él, pero me detuvo con un gesto. Cerró la puerta a sus espaldas.

«¿Qué pasó?», le pregunté a Nico. Se abrazó a mí y no respondió. Le acaricié el pelo, tratando de calmarlo. Lo eché en el sofá y lo cubrí con el poncho que usábamos como manta. Me acerqué a la puerta.

—Que venga mi hijo —decía mamá.

Lauro respondía:

—Estoy aquí, viejita. Tranquila.

—¿Vos quién eres? Quiero a mi hijo, carajo.

Abrí la puerta. Lauro rebuscaba en el cajón del velador. De un frasco sacó unas pastillas y se volvió tendiéndome un vaso. Lo llené en el grifo de la cocina y se lo llevé. Lauro trataba de que mamá se tomara las pastillas, pero ella cerraba la boca, apretaba los labios y no dejaba de girarse hacia mí con el ceño fruncido.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó, áspera.

Lauro me miró y yo entendí que debía salir.

Cerré la puerta sin hacer ruido y todo pareció moverse a mi alrededor. Apenas había dormido en el avión, incapaz de dejar de pensar en las cosas que me habían ocurrido en las últimas semanas y que desfilaban en mi cabeza como una película muda. Desde la mañana en que desperté en la clínica hasta el momento en que subí al avión con Nico, todo se desenvolvía en una maraña de imágenes irreales.

Cuando se me pasó el mareo, fui a ver a mi hijo. La carita de Nico era como una mancha pálida sobre el aguayo morado. Se había destapado y tenía las manos entre las piernas. Me incliné sobre él, le puse la mano en la frente y le pregunté si se sentía bien. Negó con la cabeza. Calenté agua y busqué en los cajones de la cocina hasta dar con el mate de coca. Tuve que ponerle mucho azúcar para que Nico se tomara la mitad de la taza. Después lo acosté en la cama que Lauro nos había preparado. El cuarto tenía una ventana que, como la de mamá, daba a la avenida Mecapaca. A esa hora ya estaba oscura. La luz de los postes era tenue, pero, más allá de la Costanera, brillaban las luces en los cerros. Supuse que era el cuarto

donde Lauro guardaba sus instrumentos y que hacía las veces de escritorio. Aparte de la cama, el velador y un ropero, había una estantería hecha de tablones de madera y ladrillos. En el estante del medio, puesta sobre los lomos de los libros, descubrí la foto.

Hacía mucho tiempo que no la veía. Una joven pareja, ambos vestidos con *jeans* en campana y chompas de cuello de tortuga ceñidas al cuerpo, miran a la cámara abrazados por los hombros. Parecen hermanos antes que enamorados. Ella tiene la cabellera negra hasta los hombros y, detrás del cerquillo, los ojos grandes y sonrientes, bien delineados como en un grabado japonés. Él los tiene entrecerrados y mira de forma penetrante o seductora, como posaban los actores de aquellos años. Sus cejas arqueadas y su barbilla partida le darían un aire de galán de no ser por la flacura desvalida de su rostro. Están en el jardín y a sus espaldas se levanta la palmera. Ambos lucen inocentes, como suelen ser los padres jóvenes antes de que los hijos y la vida les pasen por encima. La foto está fechada en 1976, un año después del nacimiento de Lauro y cinco antes del mío. Jardín perdido, pensé. Casa perdida. La casa de mi infancia.

Mientras bajábamos por Llojeta y los picos azules e incandescentes del Illimani se levantaban a lo lejos, me invadió esa sensación extraña de otras veces, la de no haberme ido nunca de La Paz. Como si los quince años que había pasado en Toulouse no fueran sino un espejismo que podía desvanecerse de un momento a otro, como si solo hubiera vivido de verdad en esa ciudad alucinada, hormigueante, sucia, de paredes

pintarrajeadas y jaurías de perros tristes, de un río en el que solo unos hilos de agua turbia se arrastraban por entre las piedras y los promontorios de basura. «En un mes empieza la época de lluvias», dijo Lauro, como si hubiera adivinado mis pensamientos, pues me había quedado mirando el Choqueyapu al bajar por la Costanera. Por alguna razón, lo recordaba como un río irremediadamente seco. Alguna vez escribí que era un río sin agua, un tiempo sin tiempo. Frente al Garona, ancho y caudaloso y de aguas verdosas, volvía a mi memoria el lecho del Choqueyapu y las sombras de los niños, al anochecer, saltando de isla en isla entre los bidones de plástico y las prendas de ropa puesta a secar en la orilla. Así creía ver la firmeza de mi tierra, esperándome del otro lado del océano. Era una ilusión, claro. La ciudad había cambiado, el país había cambiado, y yo lo sabía.

Mi hermano enfiló por la avenida Mecapaca y luego subió por una calle empinada. A unos cincuenta metros, en plena subida, se estacionó al lado de una acera rota donde se amontonaban las bolsas de basura. Se bajó de la camioneta con dos cuñas que puso bajo las llantas traseras. Salí y levanté la vista. Era un edificio de cinco pisos pintado de diferentes matices de azul, como si el dueño hubiera querido que la construcción, vista desde abajo, se confundiera con el intenso cielo paceño. La puerta de calle daba acceso a un garaje largo y angosto donde cabían, en fila india, dos autos y un minibús.

—El dueño es fanático del azul —dije por decir algo.

—La dueña —corrigió— es una señora que vive en el departamento de enfrente y que nos cobra hasta el aire que respiramos.

—¿Y por qué tanto azul?

—Sospecho que es hinchá acérrima del Bolívar. O a lo mejor es del MAS. No olvides que vivimos tiempos de cambio, hermanita.

El partido de Gobierno había cubierto la ciudad de propaganda, continuó Lauro, pero esta vez el color predominante no era el azul, sino el verde. Un intento ridículo de desvincular el color oficialista de la campaña por el «sí», ¿no me parecía? El verde era el color de la esperanza, pues, hermanita. La oposición había sido igual de frenética en su campaña. Ya me había dado cuenta. Durante el trayecto desde El Alto había reparado en los abundantes «sí» y los incontables «no» de las paredes. Iba descubriéndolos con un poco de extrañeza, ya que el referendo había tenido lugar varios meses atrás y, sin embargo, los mensajes propagandísticos de uno y otro bando no habían sido borrados, ni siquiera garabateados, como solía pasar hasta donde yo recordaba. Permanecían intactos en los muros de las casas y en los de tiendas y locales, edificios, bares de mala muerte y colegios fiscales, como si el debate no hubiera perdido vigencia.

Lauro me confirmó que, en realidad, la campaña no se detuvo en ningún momento en todos esos meses: a pesar del resultado del 21 de febrero, el poder todavía buscaba maneras de habilitar a Evo. La tensión iba creciendo y, la verdad, hermanita, nadie sabía muy bien en qué acabaría la cosa. Me quedé pensando en esas dos visiones irreconciliables del país: por un lado, la continuidad a ultranza del proceso y, por otro, la ruptura o la alternancia como principio democrático. Unos niños pasaron corriendo calle abajo. Perseguían a un perro raquítico y le tiraban piedras con

expresión vengativa. El animal estaba tan asustado, que chocó contra un portal de hierro antes de doblar la esquina a una velocidad asombrosa. Hacía calor. Por un instante, imaginé que no conocía el motivo de esa fiebre política y que la ciudad entera y el país entero habían reanudado el debate más antiguo de la filosofía occidental, iniciado por Parménides y Heráclito muchos siglos antes: la continuidad (Parménides) contra la ruptura o el devenir (Heráclito). La idea se me quedó rondando en la cabeza como si tuviera algún sentido oculto.

Lauro abrió el portal y atravesamos un pequeño patio delantero —azul, por supuesto— donde había una bicicleta oxidada apoyada contra la pared, un balón desinflado que parecía un lagarto reseco y un bidé intacto que no se sabía por qué estaba ahí, y en el cual se había acurrucado un gato negro de mirada recelosa. En el *hall* de entrada habían colgado una lista, escrita con grueso marcador rojo, de deudores morosos: los Fernández, los Choque, los Rojas... Me pregunté si nuestro apellido había figurado alguna vez allí, pero preferí no averiguarlo. Subimos las gradas de cemento sin revocar. En el tercer piso, Lauro hizo girar su llave en la cerradura y empujó la puerta.

Nos habíamos traslado tantas veces que ya había perdido la cuenta. Después de mi partida, mamá y Lauro habían prolongado esa tradición: cada dos o tres años, se veían obligados a mudarse. Así que era la primera vez que entraba en ese departamento, pero, como el mobiliario era el mismo de siempre, enseguida me envolvió una atmósfera familiar.

Ahí estaba la mesa circular del comedor. Una mesa de madera maciza salpicada de manchas con historia. También el

armario de vitrina lleno de adornos de cerámica: los búhos con lentes hechos de alambre, los guitarristas de nariz colorada, las monjitas sonrojadas que leían un libro en miniatura que, de niña, despertaba mi curiosidad.

En el centro, en su espacio propio, la reluciente urna metálica en forma de huevo y ribetes dorados que contenía las cenizas de papá. No me atrevía a tocarla ni a acercarme demasiado desde el remoto día de la niñez en que me vi reflejada en su superficie y conocí la realidad irrevocable de la muerte y su amenaza constante.

Más allá, el sofá grande, en forma de L, color café con leche, que cubríamos con aguayos para no dañar sus cojines viejos. El sillón rojo que no le hacía juego y cuya pata en forma de garra de león guardaba las mordidas de Chagall, que, tras haber conocido de cachorro las dichas del jardín de Calacoto, tuvo que soportar el encierro en departamentos sucesivos y adoptó costumbres melancólicas cada vez más marcadas, como la de quedarse echado en un rincón de la sala, soltando gases discretos y putrefactos, hasta que se murió.

Ahí estaban también algunos adornos que nos acompañaban desde siempre, como esa escultura de madera que representaba a un indígena tan delgado y lineal como una figura de Giacometti, en la que resaltaban las abarcas desproporcionadas, y que parecía caminar ¿hacia dónde? Estaba en la mesita de la entrada, sobre un tapete de encaje, junto a la misma canasta para dejar las llaves que teníamos cuando era niña.

Y ahora me movía por el departamento mirando y acariciando el pasado contenido en las cosas. Aunque pertenecían a una vida anterior, me llamaban porque estaban llenas de rumores,

de voces, de sensaciones, de imágenes.

Lauro y mamá seguían en el dormitorio, ya no se oían sus voces.

Nuestra vida había sido eso, pensé, pasar de una casa a otra dejando atrás una parte irrecuperable de nosotros mismos, pero llevándonos siempre esos objetos que, con los años y las mudanzas, habían ido adquiriendo un rostro. Tal vez gracias a su atmósfera detenida habíamos sobrellevado mejor la ausencia de papá y la pérdida de la casa.

Me despertó un tintineo. Todo estaba a oscuras. Solo los faros de los autos en la calle se filtraban fugaces por la ventana sin cortinas. Silencio. Intenté volver al sueño, en vano. Fui descalza hasta la cocina y, sin encender la luz, llené un vaso de agua bajo el grifo.

—¿Vas a tomar agua de la pila?

Me volví, sobresaltada. En camisón, despeinada, sentada en el sillón y con los pies sobre la mesita de centro, estaba mamá. El resplandor inquieto de la avenida le iluminaba la mitad del rostro y hacía brillar el vaso que tenía en la mano.

—¿Ya te has olvidado? No se toma agua de la pila. Además —sonreía—, tu estómago ya es de gringa. Vente más bien —dijo levantando el vaso como para un brindis—, tomemos un trago, hija.

Solo entonces vi la botella de vodka a los pies del sillón. Mamá me miró con el vaso en alto y, como yo no reaccionaba, desvió la vista.

—Los Rusos —dijo tras unos segundos de ensimismamiento—. Qué bárbaros eran para chupar. Cada vez que terminaban

un vaso, lo tiraban a sus espaldas haciéndolo añicos, ¿te acuerdas? —Y luego—: Ja, así y todo los tumbamos, Negro. Date cuenta de cómo éramos.

Tomó un sorbo de vodka.

—¿Te acuerdas, Negro? Estábamos en esa pensión, chupando. El ruso de mierda no dejaba de acercarse, y vos lo viste. Vos tenías ojo para esas cosas, Negro celoso.

Soltó una risita.

—Los Rusos se morían de hambre, pero nadie se movía. Seguíamos tomando. Era tardísimo, pero todavía se oía ruido en la calle. Oruro es un pueblo fantasma, pero en Carnaval... ¿O era de madrugada? Ya no me acuerdo, Negro. En eso vos te hiciste el comedido y saliste guiñándome un ojo, y el ruso aprovechó para arrimarse. Debía estar frotándose las manos el ruso, tan alto y tan macizo, y vos, Negro, tan poca cosa.

Arrugó la nariz.

—Al rato apareciste con un paquete envuelto en papel periódico y se lo diste al ruso. Hedía a cuero ahumado.

Una sonrisa divertida le subió a los labios.

—El ruso hambriento se puso el paquete sobre las rodillas y desplegó el papel periódico, y algo apareció en su cara. Se quedó mirando el rostro asado como aturdido, conteniendo las náuseas, y el cordero le devolvía una mirada igual de estúpida, con sus ojos enormes y vacíos. Y ahí nomás se oyó tu risa, Negro, esa risa contagiosa que tanto me gusta.

Mamá tenía los ojos entornados. Sus pupilas brillaban como dos rendijas de hierro expuestas al fuego. Las elegantes aletas de su nariz, las cejas arqueadas en un gesto de seducción o de suspicacia, todo parecía cubrirse de un leve resplandor en contacto

con el aire de otro tiempo.

—Carajo, Negro, cómo es que nos fuimos al carajo vos y yo. —Y tras una pausa—: Yo era jodida, Negro, pero vos... vos te pasaste.

Verla en ese estado me llenó de una extrañeza dolorosa. Esto es lo que estabas temiendo, me dije. Por eso no le preguntabas a Lauro más que lo indispensable, en el fondo no querías saber. Me acerqué. No parecía verme. Iba a agarrar la botella para esconderla cuando giró la cabeza hacia mí.

—Sentate, carajita.

Mamá estaba y a la vez no estaba, y eso empezaba a ponerme nerviosa. Fui a buscar a Lauro. No lo encontré en su cuarto. Estaba en la cama de mamá. Dormía vestido, con la cara girada hacia la puerta y la boca entreabierta, como aplastado por el cansancio.

Volví a la sala. Ahora mamá tenía un cigarro entre los dedos. Lo olía como saboreándolo de antemano. Era demasiado largo y me tomó unos segundos comprender que en realidad se trataba de un porro. Mamá palpaba el asiento buscando en los resquicios entre el cojín y el respaldo. De repente dejó de buscar y levantó la vista.

—Dame fuego, por favor —dijo mirándome sin verme.

Comprendí que no me estaba hablando a mí, sino a alguien a mis espaldas. Sentí que de verdad había alguien y que ese alguien me miraba desde la oscuridad. Se me contrajo el cuello, se me tensó la espalda y el corazón empezó a latirme con fuerza. Giré la cabeza bruscamente.

Desde que tenía uso de memoria, odiaba que la gente se pusiera detrás de mí. Sentía una molestia lo bastante persistente como para volverme en el acto, mirar a la persona con un

recelo inexplicable y cambiar de sitio. Poco importaba que fuera en la calle, en el trabajo o en una fiesta. Mis amigos y conocidos estaban advertidos, y a nadie se le habría ocurrido abor-darme desde atrás, y menos tapándome los ojos. Era una de esas rarezas que causan gracia y que se perdonan con facilidad, pero que, en la vida de pareja, pueden resultar problemáticas. A pesar de los años de intimidad con Raphaël, le atajaba brus-camente las manos si me tocaba el cuello. Una noche, mientras hacíamos el amor, sus dedos se deslizaron peligrosamente por mi cuello. Le agarré la mano de inmediato, pero él, como me explicó después, pensó que se trataba de un gesto amoroso y no la movió de ahí. Al rato dio un respingo y encendió la lám-para. Tenía un arañazo en el dorso de la mano. No atiné más que a reírme, aunque vi pasar por sus ojos una sombra de in-comprensión.

Ahora, al sentir esa presencia indecible a mis espaldas, me invadió el temblor de siempre. Aun después de comprobar que no había nadie ahí, quedé desasosegada, como cada vez que me dominaban esos temores irracionales.

Calmé a mamá con engaños infantiles, logrando que olvidara lo que tenía entre los dedos. Había visto a unos cuantos locos en mi vida. La mayoría durante el viaje que hice a París con Raphaël, nueve años atrás, para conocer a sus padres. En pocos días, esos locos habían despertado en mí una fascinación difícil de explicar.

Nada más llegar vi, en el andén de la estación de Austerlitz, a un hombre de unos cincuenta años, el impermeable abotonado hasta el cuello, que caminaba de prisa, el periódico abierto con ambas manos, y que, sin dejar de leerlo, gritaba fuera de sí. Pensé que ese hombre no le gritaba al periódico sino al mundo, a las

noticias que llegaban del mundo y a su horror.

En otra ocasión, en una larga galería que comunicaba dos alas de la enorme estación de Denfert-Rochereau, vi desde lejos a un hombre subido a una papelera empotrada en la pared. El gentío pasaba por su lado sin mirarlo. El hombre estaba sentado sobre la papelera con el pantalón bajado hasta las pantorrillas, y para cuando me encontré a un metro de él resultó evidente que estaba cagando. Estaba cagando y en su cara de angelote rubio se desplegaba una risa muda, una risa victoriosa, sin dientes.

Lo peor fue una mañana temprano, Raphaël y yo caminábamos por los Champs-Élysées. A esa hora la magnífica avenida estaba casi desierta. Los barrenderos trabajaban sin levantar la vista del suelo húmedo, algunos trasnochadores volvían a sus casas y una prostituta dejó ver su rímel corrido y sus *bas résille* antes de perderse en la boca del metro. En eso, una figura rápida surgió de una calle lateral, la sentimos a nuestras espaldas y nos volvimos. Era una mujer de unos ochenta años, el pelo blanco recogido en un moño, vestía una falda larga y oscura, medias rayadas y una rebeca de punto a la cual le faltaba el botón superior. Parecía una abuela de cuento, pero llevaba unas chancletas rosas de niña. Con mirada alucinada, rastreaba el suelo como si hubiera extraviado algo. Se inclinaba sobre los basureros y rebuscaba en su interior. Creyendo que estaba hambrienta, corrí hasta una panadería cercana y le compré una *baguette*. Al volver, se lo tendí y entonces ella me miró sin verme (como acababa de hacer mamá), avanzó hacia mí con un gesto amenazante, y tuve que hacerme a un lado. Raphaël le dijo algo y le puso la mano en el hombro, pero aun así la mujer no lo vio y siguió buscando algo indecible que se perdió con ella mientras se alejaba por las calles

soñolientas de París.

Había visto a algunos locos en mi vida, pero siempre ajenos. Era la fascinación de alguien que mira desde fuera, sin sentirse concernido. En cambio, esa primera madrugada en La Paz, recordé a mi abuela, o más bien las historias sobre mi abuela que Lauro contaba para asustarme, sin saber que no asustaba tanto a una niña como a la adulta que las recordaría. Y ahora mamá miraba a través de mí, me había llamado Negro y el cuello se me había contraído dolorosamente, como si por un instante la locura me hubiera tocado también a mí con sus dedos helados.

Logré ponerla en pie. Se tambaleaba. El tufo a vodka se mezclaba con el de las medicinas. Tan delgada, tan piel y huesos, pesaba con toda la fuerza de mi niñez y con toda la fuerza de su muerte.

—Ay, Negro —dijo ya en la cama—, cómo es que nos fuimos al carajo vos y yo.

Otra vez esas palabras estremecedoras. Otra vez esos ojos intensos que quemaban. Todavía repitió «Negro» dos o tres veces, le pasó una mano por el pelo a Lauro mientras una sonrisa le subía a los labios, y poco a poco se hundió en un sueño desgrena-do y feliz.

Volví a la cama. «Tarde o temprano, te va a pasar lo mismo que a ella», dijo una parte de mí que odié enseguida. Me arrimé a Nico y lo abracé. Pero esa voz, como si perteneciera a otra persona, era incontenible. Mira hacia otro lado mientras puedas, decía. Huye de tus círculos imaginarios si te da la gana. El círculo está en tu sangre y cada día que pasa se estrecha un poco más.

Cuando la voz calló, fue la imagen de mamá —que de verdad

parecía estar viendo a alguien a mis espaldas— lo que me impidió dormir. En la oscuridad se recortaba el cuerpo de huesos frágiles suspendido en esa mirada febril.

Había recordado una anécdota de su juventud, eso era evidente. Un viaje a Oruro durante el carnaval. Ese tipo de viajes autodestructivos que, en general, se hacen antes de tener hijos, y no después. Eso y también la mención de los celos de papá, me llevaron a pensar que el recuerdo correspondía a una época en que mis padres no habían consolidado aún su relación. Me pregunté quiénes eran los Rusos, pero enseguida comprendí que no tenía la menor importancia. Lo importante —y lo inquietante— residía en las frases que aún resonaban en mi cabeza: «Negro, cómo es que nos fuimos al carajo vos y yo». Y luego: «Yo era jodida, Negro, pero vos te pasaste». Sospeché que entre mis padres había ocurrido algo que yo no sabía, que yo no debía saber.

«Mira hacia otro lado, no te hagas más preguntas», decía la voz, burlona. «No te hagas más daño. No has venido para eso».

Por la ventana sin cortinas se adivinaban, fugaces, las luces de los autos, y se oía el ruido de motores solitarios que se apagaban a lo lejos.

Me levanté pasadas las diez. Lauro acababa de hacer sus entregas y traía una bolsa de marraquetas. Nico nunca había visto panes tan pequeños. Yo tampoco, la verdad. ¿En qué se habían convertido las marraquetas? Se habían reducido tanto que, a este paso, pronto parecerían cuñapés. Pero daba gusto ver a Nico untarlas de mantequilla y morderlas con voracidad,

repuesto del malestar de la noche anterior. Yo tomé un café y salí al balcón a fumarme un pucho. De la avenida, subía el ruido de los motores de autos, camiones, trufis y minibuses, mezclado con el crepitar de una radio puesta a todo volumen y que no se sabía muy bien de dónde venía. Se oían alternativamente las voces de los locutores matinales y las cumbias chicha del momento. Miré los cerros que se levantaban a lo lejos. Ese color ocre, casi lunar, moteado de arbustos verdes y de casas que crecían como hongos en sus laderas, se recortaba bajo el cielo de un azul perfecto, de dibujo infantil. Estoy aquí, me dije. Realmente estoy aquí. Respiré hondo el aire fresco de la mañana. No era el olor de otras épocas que, de tan frío o de tan puro, dolía al entrar en los pulmones. No, era un aire viciado por los gases, las frituras y los relentes hediondos del Choqueyapu.

Entré. Nico veía unos dibujos animados en la tele. Aproveché para darle a Lauro el porro que mamá había estado a punto de fumarse en la madrugada y le dije que tuviera más cuidado con sus cosas. No era un reproche, aunque, debido sin duda a la mala noche que había pasado, mi tono debió resultar desagradable, porque me miró sorprendido y sin una palabra me llevó hasta la cocina, abrió la ventana que daba a una marea de tejados de calamina —deslumbrante por el sol de las once—. Sobre el alféizar, dos plantas verdes, grandes, bien cuidadas.

—Son de mamá.

—¿Y el vodka? —protesté—. Lo mezcla con los remedios.

—Relajate, hermanita —respondió entre dientes—. Estás de vacaciones.

Me lanzó una mirada cargada de algo parecido al desprecio. Se alejó y yo me quedé mirando el resplandor de los techos de

calamina y el cielo de un azul hiriente.

Acababa de manifestarse la tensión de los últimos años. Una tensión que parecía crecer a medida que mamá envejecía y su salud se degradaba. Aunque mi hermano nunca me hizo un solo reproche, era algo perceptible en su voz, en la enumeración de sus obligaciones, en sus silencios. En ocasiones yo sentía que estaba a punto de decirme algo, pero en el último segundo se contenía. Tal vez porque sospechaba que, dijera lo que dijera, yo ya había hecho mi vida en Europa y todo el peso de mamá recaía en él.

Qué lejos estaba el hermano que, en mis primeros tiempos en Francia, me animaba a salir, a experimentar cosas propias de mi edad, y me decía, medio en broma medio en serio, que, si algún franchute se portaba mal conmigo, no dudara en decírselo, porque iría a Europa y le rompería los dientes. Me pregunté si el tiempo y la distancia o tal vez, simplemente, la realidad, habían hecho desaparecer la complicidad que había entre nosotros. O tal vez, pensé con amargura, nunca hubo tal cosa. Cuando era niña, Lauro siempre había estado dispuesto a cuidarme, pero no a compartir sus deseos ni sus secretos. Y en la adolescencia casi no lo veía, debido a sus largas jornadas repartidas entre el trabajo y los ensayos con su grupo. Y luego me fui. Si algo había entre nosotros no era complicidad, sino fraternidad, una fraternidad debilitada por tantos años de ausencia.

No pensar, no ahora. Lavar los platos y las tazas del desayuno. Ordenar un poco el departamento. Deshacer las maletas. Distraer a Nico que a ratos suspira y parece ansioso.

Antes de salir, entré en el cuarto de mamá. Ya era casi mediodía y aún dormía como si tuviera toda la vida por delante. Me quedé mirándola como para retener su imagen. No sé cuánto

tiempo estuve así.

Voy a contarles todo, me dije, pero necesito tiempo.

Salimos. Obrajes desplegaba sus calles y avenidas hormigueantes, su hervor de vehículos y transeúntes, su olor asfixiante de gases con un punto dulce, el aroma que despedían las salteñerías repletas de gente. De cuando en cuando, bajo el sol abrasador del mediodía, aparecía un detalle nuevo para mí: las cabinas del teleférico que se deslizaban silenciosas como fantasmas venidos del futuro. Nico miraba la ciudad con el asombro de la primera vez, y yo con la vaga perplejidad del regreso. Y sin embargo había empezado a alejarme de ahí. ¿Contarles todo?, me preguntaba ahora, burlona, esa parte de mí que odiaba.

¿De verdad eres capaz de contarles todo? Y como si la aceptación de la realidad pasara forzosamente por esa íntima tortura, todo lo sucedido en las últimas semanas empezó a erigirse otra vez en mi memoria.

Primero sentí una leve incomodidad, un cosquilleo desapacible, y luego, como al entrar en una arboleda tupida, cuanto más intentaba evitarlos, más certeros eran los ramalazos. Llegaban intactos, igual de espinosos que la primera vez, igual de dañinos: el escudo verde de la clínica en el fondo de un bacín manchado de bilis, un colchón en el suelo que despidió un olor agrio de días de encierro y de fiebre, los follajes rojos de Limoges vistos desde el tren en movimiento, los ojos claros de Nico mirándolos como se mira un incendio y el enorme Mercedes blanco que nos sigue con los faros encendidos, al otro lado de las vías, en un crepúsculo prematuro. Caminaba con Nico por las calles animadas, y, como él —sin duda por imitar su asombro inimitable—, miraba a mi

alrededor, tratando de aferrarme al presente. Era inútil. Ya no estaba ahí. La avalancha de recuerdos había vuelto, arrasadora. Apreté su manita para no dejarme llevar del todo. Entonces la última resistencia cedió y reviví esa mañana, cuarenta días antes, en el inicio del desierto.